

Ramón Edwin Colón Pratts

Como primicia de su labor creativa-informativa y su experiencia y conocimiento sobre las leyes que rigen a Puerto Rico, Ramón Edwin Colón Pratts ofrece su libro Estilete (Imprenta Caribe, San Sebastián, 2002). Este contiene treintiún artículos y mini-ensayos, escritos y publicados, originalmente, entre los años 2000 y 2002, en el periódico La Estrella de Puerto Rico.

El autor escribe sin omitir verdad, ni ocultar emociones, sobre los problemas concretos de su pueblo y de su isla: Por su estilo y tono, revela pasión, denuncia oportuna y explícita, honestidad sincera y confrontativa y, en suma, la perspectiva anticolonialista con que él visualiza a su gente y la estructura jurídico-social y cultural que incide en (contra) ellos y su nación.

A este tipo de voz, en cuanto no son sus hablantes literarios unos meros espectros decorativos en prosa de ficción, va pareja una dosis de ironía e iracundia; pero es voz necesaria, hoy por hoy y más que nunca. El sabe que hay que clavar estiletes en zonas sensibles de consciencia, separar el grano y la paja, la pulpa podrida que cubre la semilla, siempre útil y aún fértil; hacerlo al considerarse la sociedad como el objeto que se examina y valora, con fe en su porvenir contra hegemónico y su pulso libertario.

Una sociedad que se adormila e intensifica su letargo por inercia o desgaste; una que tiende a perder sus instintos para llamar las cosas por su nombre, o la vergüenza básica de su honradez moral, sepultando los gritos de consciencia con eufemismos, tal como se expone en el ensayo Los asociados, merece unas sacudidas. En *un país de hipérbolos*, donde los medios de comunicación masiva calaron con penetración artificiosa, forjando una subjetividad desinformante, su imperio de prejuicios y falsas causas (como la descrita en Falsos orgullos y Las dos casas de Elián), hágase desplante a los *séquitos de lunáticos* que ejecutan sus comparsas publicitarias. Es imprescindible el estilete. Que sea parte sonora del discurso, no ya hegemónico, que es éste el que ya ha transformado *historias profundas, conmovedoras y serias* en circo y telenovela, en lucro, chantaje y arribismo; basta que se proponga, sin temblar el pulso, hundir el *puñal de hoja muy estrecha y aguda* donde sea indicado, justo, terapia en frío y en caliente.

El artículo Madrasta de Colón Pratts, a primera lectura, se asemeja al esbozo de una novela de conspiraciones o relato ficcioso, insertable en la corriente de lo macabro, literatura negra. Sin embargo, cada detalle es la realidad al destajo. Escarba el evento criminal más publicitado de su momento. La irreverencia de una telenovela desbordada en desfachetez y delito se queda corta ante casos de homicidios como los cometidos por Lydia Echevarría-Vigoreaux o Generoso Rodríguez («Palilo») en la Matanza del Palmar; gente que, en alguna época, fue admirada o querida, porque, como observa Colón Pratts, es una virtud colectiva, puertorriqueña que, en el fondo de nosotros mismos, pese a la camisa de fuerza del colonialismo, seguimos siendo un pueblo bueno: *«este bendito pueblo, compasivo y misericordioso como ninguno, siempre mira con tristeza al hermano en desgracia»* (p. 68)

Un libro, con esta textura y gestos interpretadores, que no dora la píldora, ni esconde sus temáticas, fluye verbalmente con agresividad, pero ésta, su agresividad y aún su ira atenuada por análisis, sus burlas contenidas, refrenadas por amor a principios, se reprocesan como ingredientes para el fondo afectivo-existencial de la historia. Es una agresividad ya bien informada, que se apoya entre sí con sus ingredientes emocionales y se confirma ante el correlato de eventos conocidos, objetivamente cumplidos en el discurso político puertorriqueño.

Como Estilete hay pocos libros escritos por pepinianos; casi se carece de

antecedentes, a no ser por las Medinadas de Adolfo Medina González, a principios de siglo y, más recientemente, el cuaderno poético Cachivache (1976) de Joaquín Torres Feliciano (n. 1945). Torres arremetió crítica y demolevemente contra el culto a Muñoz Marín y el estadolibrismo. Colón Pratts ha recreado y reafirmado con Estilete, en las letras pepinianas, una voluntad similar a las ya mencionadas por arremeter contra mercenarios híbridos, macharranes y disparateros. E interpreta que, a partir de las «*canilleras ideológicas de Muñoz*», es decir, la escuela del muñocismo se «*abrió paso a los más absurdos comportamientos*» (p. 70). Aún así, él utiliza su trinchera profesional y desde ella comunica a todo un país que, por fortuna, ese abismo ideológico que lo separa del reformismo y el anexionismo colonizado, es un marco salvador, distancia cautelosa y posible «*desde estos montes pepinianos*» porque, «*afortunadamente todavía almacenan un algo de vergüenza*» (p. 56).

En Las doce en punto al referir las payasadas culturales de Doña Fela Rincón de Gautier, Celeste Benítez y el mismo Muñoz, su intención es mostrar lo dañino del mimetismo colonial. Desde los reculajes de la *Pava* al penepéismo, encarnado en Romero y Roselló, han proliferado los funcionarios que desde poder detentado transitan hacia al disparate, la corrupción, la legislación esnobista, trivializadora y el delito criminal, no siendo siempre convictos. El resultado final es descrito como la *la cafrerización, lumpenización y relajo de la administración pública* (p. 59), cuyas manifestaciones habituales tienden a ser ya algo más que cinismo, privilegio y enriquecimiento ilícito, sino violencia política, vigilancia indeseada y viciosa a «*distinguida gente prohibida*» (el elemento intelectual progresista), agresiones contra el pueblo (obreros en huelga, estudiantes o inocentes) y, así como la exquisitación y extranjerización de las profesiones y la pretensiosidad pequeño-burguesa.

Por esta razón, las definiciones de *estilete* (que sirven de motivo gráfico en la portada) son todas adecuadas para perfilar el contenido y dar título al libro de Ramón Edwin. Estilete lastima y arde como púa o punzón clavado en las collejas del *ser-en* del *Don Nadie, Das Man*, con su proyecto desfigurado y desfigurador. Este es el proyecto que permite que en el país, para fines prácticos, prevalezcan leyes que penalizan el ser pobre. Estilete «*sirve para reconocer ciertas heridas*» en la psiquis colectiva de este pueblo y, como «*el gnomon del reloj de sol*», marca el tiempo, epocaliza y tempora con sucesión rítmica.

Este es autor se ha beneficiado por el conocimiento de las herramientas críticas y conceptuales del Derecho y, siendo utilizadas por él en las páginas de su libro, sirven para despabilar la candidez del ciudadano y exponer, en sus propios términos, el ejercicio autoritario de la ley, las instituciones, sus trámites y sus regulaciones chanchullescas. Colón Pratts acusará la gratuidad de la arrogancia e irresponsabilidad con que funcionan ciertas instituciones públicas, los artificios despóticos de sus burocracias y, en particular, los que «*se jactan de pujar tanto*» (p. 18), amparados por el poder de la indiferencia, el enchufamiento y la mediocridad. Bien dice él que, en Puerto Rico:

... en este bendito país (...) el individualismo, narcisismo y el 'sálvese el que pueda' es la regla de oro de la supervivencia... (cuando) ... hay funcionarios que no funcionan, abogados que no abogan y procuradores que no procuran... (ps.107, 109)

En el libro se recogen los comentarios de Colón Pratts sobre los verdaderos rostros y figuras del administrador colonizado: Luis A. Ferré, «*cuya única contribución*», al pueblo «*fue demostrarle que cualquier adinerado puede llegar a la gobernación*» (p. 60), Roberto Sánchez Vilella, Justo Méndez, Carlos Romero Barceló, el más desfachatado y criminal, Jorge Collazo, Sila Nazario, José Alfredo Hernández Mayoral (Un hombre sin biografía), Jorge Castro y otros. Claro está, al

inicio de su lista, está el extinto Muñoz Marín que, «*con todos sus escándalos de buscón de preeminencia y espacio privilegiado en la historia*» (p. 59) fue la fuente germinal. Del vientre ideológico de Muñoz, surgirá El Gallito, Rafael Hernández Colón, de quien dice Ramón Edwin que tuvo «*el dudoso honor de ser nuestro primer gobernador de probeta*» (p. 60).

Cuando Colón Pratts nos pasea por algunas páginas de reflexión localista y la nostalgia pueblerina, conocemos un poco más sobre su familia, sus vecinos y biografía personal. Para la generación de su padre y Yayo, su compadre, así como la de él, fue importante la memoria musical de una vellonera en su esquina, la discografía de Felipe Rodríguez («La Voz»), el Día de Reyes de los pobres, la evocación de Quebrada Salada, el trauma de la enseñanza del inglés cuando se impuso como agresión cultural, oficialmente, en 1902 y otros temas.

Finalmente, es cierto, Estilete no pretende dar prosa poética como su objetivo esencial; pero, con ensayos como Jorgito, sus evocaciones de lo que fue Quebrada Salada y ya no es más, en Una canallada (que alegoriza el rechazo de la [Isla] Nena al traicionero violador, el macharrán, granuja del Imperio), se alcanza ese nivel que funde ternura, nostalgia y poesía. Y hay poesía en el prólogo de Larisa Maite, la menor de sus hijas, y en la radiografía espiritual con que Taina Maite, la mayor, sintetiza en la contratapa el motivo por el que su padre escribe:

Estilete lleva, de manera auténtica y humana, la fuerza y el encanto de la sensibilidad, expresión y vivencias de su autor; vivencias estrechamente vinculadas al devenir histórico de su tiempo y a la noble encomienda de ser puertorriqueño...

Pareciera, que muy a pesar de lo utópico que resulta su lucha por forjar una nación tan fuerte como sus convicciones, su voz, su pluma y su verdad, no se rinden nunca».

Carlos López Dzur

“Dichoso aquél que vive su mentira
y llora por la vieja vellonera
aquél que al recordar se desespera
y la foto estrujada nunca tira (...)
su cafetín no es cárcel de la pena
sino escritorio de su eterna lucha”

Manuel Ramos Otero

Tuviste que empaparte, bañarte en tinta y enredarte, armarte con jirones de papel. Tuviste que desenterrar, desempolvarle la vida a la palabra, purificarla, recoger fragmentos, trémulos trozos y apilarlos, juntarlos pausadamente, a fin de ensamblar justamente todas sus piezas, ajadas fracciones. La tomaste recién rehecha, aún húmeda, con pinzas la hiciste tu presa y la colocaste en el lugar sagrado de tu conciencia, la bebiste un poco y fecundaste otro tanto a fin de apuñalar a cuentagotas el silencio asesino, verdugo de un país cansado y moribundo y poder por fin lanzarle una flor andamio a la esperanza. Te encontré, ladrillo en mano, boina polvorienta, pantalón raído, manos hendidas, resquebrajadas construyendo un refugio contra la tormenta del mutismo. Eras una inmensa estiba de tinta y furia descarnada, saudoso por un pie, sutil por la piel, gritabas

paulatino reclamando todos y cada uno de los fonemas, todos te pertenecían porque no tiraste la foto ni el recuerdo, sino que a fuego lento moldeaste a tu imagen y semejanza la desierta apostasía de lo abyecto, defendiendo la más desafiante de tus armas, tu perpetuo ejercicio incontrolable, tu aliada nocturna y fiel, la palabra. Te descubrí, atiné a verte abalanzándote sobre las bocas cerradas por elección, inquisición, pulverizando, hiriendo la agonía del verbo. Te encontré derramando lastimero tus espinas, pretensiones, culpabilidades, buscando un término molde que fuese tránsito directo entre las lacerantes experiencias y tus indisolubles ansias de abordar bocas selladas. Salvar la palabra, saciar la incontenible sensación de extirparles su indignancia, buscar una silueta que a tientas desatara el letargo enredado en cada sombra, desviar la vacuidad de la expresión hacia el umbral de lo remoto y situar una brújula en medio de la carencia para timbrar la fisura de la indiferencia. Quisiste dibujarle movimiento a cada palabra, las empujaste a todas como ruedas hasta atravesar con cada una el portal absurdo del olvido, las desenredaste cual ovillo libertado, las gritaste, evocaste, alarmaste a todos sobre su peso y precisión, sobre su condena y salvación. Por fin las hiciste tu templo y las colocaste en tu vaina, las hiciste tu estilete, tu metáfora de vida.

Larisa Maite Colón Rodríguez

*“ ¿ Qué hace usted en la torre,
Pito Pérez?
- Vine a pescar recuerdos con
el cebo del paisaje.
- Pues yo vengo a forjar imágenes
en la fragua del crepúsculo.”*

José Rubén Romero
La Vida Inútil de Pito Pérez

Hoy día, muy pocas personas saben en Puerto Rico lo que es una lezna. Cuanto más jóvenes son, menos lo saben.

Vivimos una cultura de comprar, usar, desgastar, disponer y volver a comprar. En estos tiempos, casi no hay zapateros, entre otros artesanos. En consecuencia, no se conocen sus aperos de trabajo.

En carta que me cursó Ramón Edwin, que acompaña el manuscrito que me envió de este libro, me dice: “*Lezna* se parece a *Estilete*” (así se titula otro libro suyo). “Ambos son dos instrumentos cortantes [me dice] que pueden servir para dañar o curar. La *lezna* me evoca a Lano, el último de los zapateros de [San Sebastián] del Pepino, que parecía que acariciaba el cuero cuando lo cortaba mientras me embelesaba medio atontado, por el olor de la pega de *thinner*.”

A mayor abundamiento, el *Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española* define la palabra *lezna* como “instrumento que se compone de un hierrecillo con punta muy fina y un mango de madera, que usan los zapateros y otros artesanos para agujerear, coser y despuntar.”

En otros tiempos, el pueblo-pueblo le dio aún otra connotación a la palabra, la que recuerdo del lejano día a día de mi infancia. Don Gabriel Vicente Maura, un gran patriota y artista puertorriqueño, sobre todo escultor, la recogió del modo que sigue, en su libro titulado *Diccionario de Voces Coloquiales de Puerto Rico*, publicado en el año 1984, y así es como la recuerdo: “para expresar coraje e ira. Generalmente la expresión va acompañada con la señal hecha con los dedos centrales de la mano en forma de pene con los testículos. Insulto. Por lo general se pronuncia *¡lejna!* “

En lo que respecta a este libro, es la herramienta de un artesano de la literatura puertorriqueña, el arma (mejor el alma) de un guerrero. Dice un adagio japonés que *la espada es el alma del guerrero*.

Vea el amable lector que Ramón Edwin me adelanta en su misiva que este instrumento cortante puede servir *para dañar o curar*.

Utiliza la *lezna* cortante que es este libro, como un bisturí, para sanar y lo mismo sana cuando fustiga que cuando elogia o alaba.

La intervención quirúrgica tradicional, mediante el uso del bisturí por el cirujano, causa una herida de la que mana sangre y en definitiva deja una cicatriz, pero cura y salva vidas. Eso mismo hace para nuestro pueblo este libro, exprime el flemón de la injusticia, remueve la pústula social con lenguaje poético. ¡He aquí el verdadero artista! Hace cirugía reconstructiva, cirugía estética, con incisiones muchas veces profundas, de las que naturalmente mana sangre.

Tal y como dice uno de los Padres de nuestra Patria, don Ramón Emeterio Betances: *no hay Revolución sin revoltura, así como no hay tortilla sin huevos rotos*. Ramón Edwin tiene esto muy claro. *Ésta es la fórmula exacta de este libro*.

Ramón Edwin es un rompe-ideas, piensa distinto de casi todos; disiente con lógica encendida y expresiones líricas. Como el escritor francés André Gide, cree que *es bueno seguir la pendiente con tal que sea subiendo*.

Cuando muchos atacan a María de los Angeles (Angie) Rivera Rangel, al Lcdo. Ferdinand Mercado, a Rafael González Salas, el "loco de la dignidad pisoteada", o a la Juez Maritza Ramos Mercado, él los explica, expone las razones que les movieron, aunque no necesariamente las comparte, y fustiga, en cambio, a los que les juzgan impiadosamente, sin fuerza moral para hacerlo.

Cuando un amigo que él distingue, respeta y quiere, propuso públicamente que se implantara el majestuoso condominio llamado Millenium, que se alza en el sector de Puerta de Tierra, frente a la sede del Tribunal Supremo, Ramón Edwin salió a la luz pública, objetó esa propuesta y defendió la joya arquitectónica, desde el punto de vista del constructor y artesano de la madera fina que él también es, además de abogado y escritor.

Cuando los medios de comunicación elogian a figuras públicas, tales como el Contralor de Puerto Rico, CPA Manuel Díaz Saldaña, y al Fiscal Federal Guillermo Gil Bonar, él los ajusticia públicamente con su *lezna* flamígera.

Cuando en el país se exalta la actividad deportiva, de forma antipedagógica por desmesurada en un balance racional de valores, él la pone en su justo lugar, ni menos, ni más. *Trabajar y buscar nuevos modelos que no sean peloteros, boxeadores, buscones del deporte, de la tele, el espectáculo o de la política, tal vez sea bueno*.

Así lo hace sobre todo en los escritos titulados *Pueblo bendito, Honorable y Armas y letras*.

El trabajo titulado *Los mismos* es un prodigio de ingeniosidad, sobre todo en su disección de las citas de Sentencias del Tribunal Supremo. ¡Genial!

Soledades, Pantalones, Madriguera, Los apuros de Juan Carlos y Correo íntimo, son dramáticamente sublimes. En ellos queda en carne viva la fina sensibilidad de hombre bueno de Ramón Edwin.

Este libro está construido, diría yo, a base de citas-citables: “un liliputiense moral”; “ese perreo testifical”; “un amigo piadoso, sicólogo de pólvora”; “ningún juicio se debe celebrar, más bien se debe lamentar”; “hablar de tumbar es no saber edificar”; “es como matar a la criatura porque no aparece el certificado matrimonial”; “un buen juez es el que hace justicia”; “murió de profunda pena desangrada”; “ya jamás lo volverán a matar porque lo vivieron para siempre”; “la abuela lo viste como si lo esculpiera”; “zafio recadero del que lo nombró”; “este buscón de encargo, francotirador rosellista”; “su vocación de clérigo bobolón”; “en el estribo del pensamiento”; “los veteranos paneles de su existencia”; “en el viejo cementerio de la memoria”; “es difícil pensarlo completo”; “la pobreza no es tierra buena para sembrar sueños”; “empujar el coche del deseo”; “padre de la genuflexión”; “de hambruna de valores”; “del honor de la patria de otro”; “que escalaba el Everest de la imbecilidad”; “inmunodeficiente político”; “y cualquier otro bambalán de sesera atrofiada, ausencia de alma y espíritu en desbandada”; “Dios, que tiene que existir porque no hay otra forma de explicar la bondad”; “la Comay federal”; “disfunción de erectibilidad cerebral o imbecilidad galopante”; “me refiero a un asunto serio, no a un equipo de pelota”; “desde que el hombre descubrió el hierro, el mundo está lleno de moho”; “los que de letras vivimos en este mundo de armas”; “nombres nuevos para discursos viejos”; “y negó tres veces al ministro Jeremiah, su compadre”.

La hoja de metal de esta *lezna*, su “hierrecillo”, está muy acerada, es muy punzante, pero en definitiva tiene miel en su empuñadura.

Ramón Edwin Colón Pratts es un certero observador de nuestra realidad social y un magnífico expositor de ella. En sus expresiones públicas, incluido en ellas este libro, canta claro y, felizmente: *no canta por cantar*. Con lenguaje acertado y de modo estético, ajusta cuentas en nombre de nuestro colectivo social con un tropel de desvalijadores de levita y chistera circenses, que en nuestro país *figurean* de prohombres.

Con la versión o connotación de la palabra *lezna* que recoge don Gabriel Vicente Maura, en su *Diccionario de Voces Coloquiales de Puerto Rico*, Ramón Edwin les dice a esos granujas, depredadores de presupuestos gubernamentales: *jlejna eh!*

A un mismo tiempo, de igual modo, exalta, elogia y agradece públicamente las virtudes de figuras sencillas, que son los modelos que tiene, necesita, pero ignora nuestro pueblo.

Para Ramón Edwin es una catarsis. Para Puerto Rico es *una cura*. Es buena sociología y buena literatura. Es un gran libro.

José Enrique Ayoroa Santaliz.